

## Arrojar frutos, piedras, amores: entre la canción y el rito

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
Universidad de Alcalá

Margit Frenk, en su monumental *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, ha separado en tres ramas de variantes principales la que fue, sin duda, una de las canciones más hermosas, populares y emblemáticas de la tradición lírica española de los siglos XVI y XVII. He aquí el texto-tipo de cada una de tales ramas:

Arrojóme las naranjillas  
con los ramos del blanco açar,  
arrojómelas y arrojéselas  
y bolviómelas a arrojar.

(NC 1622 A)

Que arrojóme la portuguesilla  
narangitas de su naranjal,  
que arrojómelas y arrojéselas  
y bolviómelas a arrojar.

(NC 1622 B)

Arrojóme las mançanillas  
por encima del verde olivar,  
arrojómelas y arrojéselas  
y volviómelas a arrojar.

(NC 1622 C)

Un sinnúmero de registros escritos de los Siglos de Oro dan fe de la venerable tradicionalidad de esta canción, de sus glosas líricas, contrahechuras a lo divino, adaptaciones sobre las tablas teatrales, menciones,

alusiones, reescrituras y manipulaciones de toda especie. El minuciosísimo inventario que de ese enredado ovillo de fuentes hizo Frenk nos exime ahora a nosotros de insistir sobre lo mismo, de modo que lo mejor que podemos hacer es dejar constancia de que las tres ramas de versiones desentrañadas por la profesora mexicana convienen muchísimo al propósito de este artículo, porque cada una gira en torno a tres tipos distintos de flores o de frutos —ramos de azahar, *naranjitas* y *manzanillas*— sobre cuya pluralidad veremos que se asienta una parte esencial de la arquitectura poética de la canción y del trasfondo cultural y ritual sobre el que descansa.

Tres únicos textos viejos más o menos relacionados con la vieja rima áurea voy a traer a colación, dado que no quedaron acogidos dentro de los aparatos críticos elaborados por Frenk, acaso por lo indirecto y elíptico —sobre todo en el último caso— de su vinculación con aquellos versos. El primero es un refrán anotado en ese maravilloso arcón sin fondo que es el *Vocabulario* de Gonzalo Correas:

Si son amores, vengan maiores; o Si son de amores, vengan maiores,

al que acompaña la siguiente iluminadora explicación:

Kuando nos tiran china u otra kosilla para que volvamos la cabeza (Correas, 1967: 282a).

El sentido que sugieren el refrán y la glosa de Correas parece remitir a la costumbre, sin duda tradicional en la época, de lanzar *chinas* —piedras pequeñas— “u otra kosilla” para llamar la atención de alguien con fines “de amores”. Las alternativas que abre Correas cuando alude a esa “otra kosilla” susceptible de ser tirada “para que volvamos la cabeza” no deben quedar muy lejos, seguramente, de los ramos de azahar, de las *naranjitas* o de las *manzanillas* a las que aludía la canción que estamos analizando.

El segundo texto que merece la pena traer a colación es la posible alusión que insertó don Francisco de Quevedo en *El Buscón*, concretamente en el episodio que describe cómo don Pablos —en un trance en que le interesaba mucho disimular su verdadera identidad— arrojaba

naranjas —cínica y amarga contradicción, tan quevediana— contra su propia madre, mientras esta, acusada de brujería, era paseada y escarnecida del modo más público y vergonzoso:

Y así, no tenía otro cuidado sino el de levantarme a tiempo que la tirase mi naranja (Quevedo, 1984: 254).

Es bien sabido que el ritual más común exigía, en ese tipo de escarnios públicos, el bombardeo con tomates, nabos, berzas y otras hortalizas bajas y comunes, y no con las gentiles y apreciadas naranjas. Tras la sorprendente operación de lanzar contra la propia madre tales frutas —o de decir que se lanzan, pues es posible que esta *naranja* sea un simple y humorístico eufemismo de alguna verdura más vulgar— puede ocultarse una alusión tan aviesa como elíptica —según gustaba Quevedo— a la vieja, tradicional y delicada cancioncilla amorosa que estamos comentando. O quizás a la común costumbre —de la que emanó y a la que refleja la canción— de arrojar naranjas como estrategia de declaración amorosa.

Vamos a conocer, también, un fragmento de un gran drama de la época, *El diablo está en Cantillana* (III, 188-198), de Luis Vélez de Guevara, que no tiene relación directa con nuestra canción, pero que sí muestra cómo el acto de arrojar algún objeto —en este caso chinas o piedrecitas pequeñas— a la mujer amada o a su ventana se hallaba íntimamente asociado, en los usos y en el imaginario de por entonces, con las manifestaciones externas de la pasión amorosa. En este caso, de la pasión violenta y criminal que albergó el rey don Pedro el Cruel hacia la gentil y desvalida doña Esperanza:

REY: Tira una piedra, García.

(*Tiran una piedra*)

GARCÍA: Ya va.

REY: Y con ella a mis ansias,  
que pudieran, don García,  
con más razón despertarla.



arrójamelas, vida mía,  
arrójamelas, linda dama.

(Pellicer, 1997: 284)

Otras rimas se mantienen algo más en la distancia:

Del otro lado del río  
te tiré media naranja,  
si cariño te tuviera  
entera te la tirara.

(Berrueta, 1941: 140)

Unos cuantos versos de Rafael Alberti —del poema “De La Habana ha venido un barco”, perteneciente a *Marinero en tierra*— evocan de manera tan intensa el mismo tópico, que algún crítico ha llegado a ponerlos en estrecha relación —“el mismo motivo y movimiento” (Salinas de Marichal, 1968: 61)— con los de la vieja canción áurea que nos está ocupando:

Al pasar por tu azotea  
me echarás una naranja  
y un zapatito de oro,  
lleno de almendras y agua.

(Alberti, 1972: 110-111)

Aunque no sea el tópico en el que más nos vamos a centrar, puede ser conveniente abrir aquí un breve paréntesis para presentar unas cuantas canciones tradicionales en que las naranjas brillan con un intenso simbolismo erótico-sexual:<sup>1</sup>

—¿Qué tienes en ese pecho,  
que tan ricamente huele?

---

<sup>1</sup> Sobre el simbolismo erótico de las naranjas (y de los limones) véase Devoto, 1974: 414-458. En las páginas 432 y 449-454 analiza el motivo del lanzamiento de frutos como estrategia de declaración o variedad de juego amoroso.

—Dos naranjicas murcianas;  
mete la mano si quieres.

Las naranjas de tu pecho  
no me canso de mirarlas.  
¡Siendo un árbol tan pequeño  
y no poder alcanzarlas!  
(Urbano, 1999: 208-209)

Toma, niña, esta naranja,  
que la cogí de mi huerto,  
no la partas con cuchillo,  
que va mi corazón dentro.  
(Fuentes y Escribano, 2003: núm. 56A)

En el medio de la mar, *olé, olé*,  
hay un verde naranjero;  
la primera naranjita, *olé, olé*,  
la cogió un marinero.  
(Sanz, 1952: 4)

El naranjo puesto en el río,  
el naranjero puesto en el agua,  
pues bien puede ser  
que la hoja se caiga,  
pues bien puede ser  
que la hoja se caiga.  
(Satué Oliván, 1991: 261)

Al pie del árbol estuve,  
no pude llegar arriba  
a recoger la naranja:  
¡dame la mano, querida!  
(De Llano, 1924: núm. 755)

A los pies de la tu cama  
ha nacido un arbolito,

con naranjas y limones,  
 ¡mira si estará bonito!  
 Eres chiquita y bonita,  
 eres como yo te quiero,  
 eres como la naranja  
 que cuelga del naranjero.

(Flores del Manzano, 1996: 158)

Las manzanas (o las *manzanitas*) son otra variedad de frutos mencionada como arma arrojadiza en las lides del amor en algunas de las versiones de la célebre canción áurea que estamos analizando. Sobre su simbolismo podrían hacerse también muchas consideraciones, empezando por la de que su asociación al campo conceptual del amor y de sus ritos es arcaica. Ya en la antigua Grecia tenía un doble sentido muy marcado, que la convertía en común objeto de donación, de intercambio y, en ocasiones, de lanzamiento ritual entre amantes o pretendientes:

Con posterioridad a Hesíodo, la manzana aparece en primer lugar como símbolo meramente erótico, en relación sólo implícita o indirecta con Venus, en multitud de textos a partir de Aristófanes: tirar una manzana a la persona amada, o bien entregársela o enviársela, equivale a una declaración de amor, o tiene una especie de mágico efecto de amorosa conquista; en unas manzanas de oro consistió el regalo de boda que la Tierra, o Zeus, hizo a Hera con ocasión del matrimonio de esta con Zeus (manzanas que, entregadas por ella a las Hespérides y plantadas por estas, produjeron el árbol que daba los frutos, de la misma clase, que Hércules fue a recoger en su undécimo trabajo) (Ruiz de Elvira, 1972: 67).

Que la manzana jugó un papel relevante en el imaginario erótico de los griegos lo prueba una de las *Cartas eróticas* de Aristóneto, que presenta a una prostituta y a un joven en el momento en que se ejercitan en el amor al pie de un manzano:

El más precioso manantial al pie del plátano deja fluir sus aguas muy frescas, como podía comprobarse con el pie, y tan cristalinas que, nadando al par en el límpido venero y entre mutuos abrazos de amor, todo nuestro cuerpo claramente se deja ver. Pues bien, con todo, sé que

más de una vez confundí mis sensaciones por la semejanza de las manzanas con sus pechos; pues una manzana que por las aguas pasaba flotando entre los dos con mi mano cogí, pensando que esta era un pecho de mi amada, que es turgente como un membrillo (1998: 149).<sup>2</sup>

Puede ser interesante recordar justamente aquí, antes de sacar a la luz algunos de los motivos engastados dentro de un ramillete de textos cuentísticos, que, entre los motivos folclóricos que catalogó Stith Thompson en su monumental *Motif-Index of Folk Literature* (1955-1958), hay unos cuantos que vinculan la donación o el lanzamiento de naranjas, de limones o de manzanas con los juegos y galanteos amorosos: H316, *Suitor test: apple thrown indicates princess's choice (often golden apple)*, o sea, “la prueba del pretendiente: el lanzamiento de la manzana señala al elegido por la princesa (a menudo se trata de una manzana de oro)”; H316.1, *Orange (lemon) thrown indicates princess's choice*: “el lanzamiento de la naranja (del limón) indica al elegido por la princesa”; H331.5.1.1., *Apple thrown in race with bride*: “la manzana es arrojada en una carrera con la novia”; y D1355.7, *Apple produces love*: “la manzana provoca amor”.

A la vista de estas etiquetas genéricas, que codifican situaciones típicas detectadas en tradiciones cuentísticas muy diversas, podemos interpretar mejor el siguiente íncipit de un cuento tradicional albanés que identifica el rito de arrojar manzanas con el de la declaración amorosa:

Érase una vez un rey que tenía tres hijos:

—Deseo casaros, hijos míos. Me gustaría veros desposados mientras aún me quede vida.

Les entregó al efecto una manzana a cada uno. El primero lanzó la manzana sobre la hija de un bajá, el segundo sobre la hija de un visir y el tercero la arrojó al pie de un rosal, pues había visto allí a la Bella de la Tierra.

—Vaya, con que al pie de un rosal. ¿Qué es lo que vas a sacar de ahí? Una serpiente, seguro.

Construyó después el rey tres grandes palacios. Casó al mayor, que se quedó con la hija del bajá; al mediano, que se quedó con la hija del

---

<sup>2</sup> Sobre el simbolismo erótico de las manzanas, véanse también las páginas 169 y 248 de la misma obra.

visir; y cuando fue a casar al pequeño, ¿con quién había de vivir? ¡Con una serpiente...! (Sánchez, 2004: 75).

Dentro de otro cuento tradicional albanés aparece engarzado un tópico parecido, aunque esta vez son tres hermanas principescas las que se dedican a lanzar las manzanas con la pretensión de señalar a sus futuros esposos:

Las dos hijas mayores escogieron por esposos a los dos comandantes del ejército, alcanzándolos desde lo alto con sendas manzanas; la más pequeña acertó con su manzana al medio calabaza [*sic*]. Todos se echaron a reír y a burlarse de la hermana menor, tomándola por loca.

El rey estuvo a punto de perder la cabeza a causa de la indignación. —Que lo repita, ordenó. Le ha caído por error.

Se puso en marcha otra vez la comitiva, y de nuevo las hijas mayores acertaron con sus manzanas a los dos comandantes, y la pequeña al medio calabaza.

El rey, colérico, prometió matarlos a los dos a fin de evitar el oprobio de la familia y de la casa que aquella boda insensata causaría (Sánchez, 2004: 32-33).

Los testimonios y ejemplos de ritos de elección de pareja, de galanteo, de juego erótico mediante el lanzamiento de manzanas, han sido documentados —como avanzaba su inclusión en el catálogo de motivos cuentísticos universales de Stith Thompson— en muchas más tradiciones folclóricas. Por ejemplo, en la de los beréberes del norte de Marruecos:

Cuando todos se hallaron reunidos en la Gran Sala, dióle el monarca a cada una de sus hijas una manzana y un pañuelo, y les dijo:

—Aquel a quien diereis la manzana y el pañuelo será vuestro marido.

Los jóvenes desfilaron ante las princesas y, una antes y otra después, cada una le fue entregando su manzana y su pañuelo al elegido de su corazón (Topper, 1993: 140).

El rey convocó a su pueblo, y dio a su hija una manzana para que la arrojase desde la azotea de palacio contra el hombre que la había salvado de la muerte. Pero la niña, al no ver a su salvador, no se desprendió de la manzana. El rey preguntó entonces a su guardia:

—¿No queda ningún otro hombre en la ciudad?

—Sólo uno, respondieron, que aún duerme sobre las cenizas en la mezquita.

El rey ordenó que lo acercaran a los muros de palacio y, cuando la princesa lo reconoció, tiróle al punto la manzana (Topper, 1993: 179).

Otras cosas —limones, avellanas, nueces, arroz—, y también, por supuesto, las muy tradicionales chinas y piedrecitas, han sido sujetos ocasionales de muchas más canciones de galanteo en lengua castellana:

Yo te tiré un limón al alto  
por ver si coloreaba;  
subió verde y bajó verde,  
mi esperanza se aumentaba.

(Gil, 1982: 75)

No me tires más arroces,  
que está la gente mirando,  
tírame tu corazón,  
para ir disimulando.

(Lorenzo Perera, 1981: 136)

—Y échame, y échame, y échame,  
avellanas a mi delantal.  
Y échame, échame, échame.  
—Allá van, allá van, allá van.<sup>3</sup>

Ese que me está tirando  
al delantal avellanas,  
parece que quiere ser  
cuñado de mis hermanas.

(Alonso Cortés, 1914: núm. 2074)

---

<sup>3</sup> Canción registrada por mí en Poza de la Sal (Burgos) el 22 de abril de 1990.

Tira una piedrecita,  
tiralá fuerte;  
mi amante está durmiendo,  
que se despierte.

(Alonso Cortés, 1914: núm. 2276)

No me tires chinitas,  
tírame nueces;  
tiramelás a pares,  
cuatro en dos veces.

(Alonso Cortés, 1914: núm. 3017)

No me tires chinitas,  
tírame nueces,  
tíramelas a pares,  
cuatro en dos veces,  
cuatro en dos veces, niña,  
cuatro en dos veces,  
no me tires chinitas,  
tírame nueces.

(Flores del Manzano, 1996: 93)

Piedrecitas como loco  
dicen que tiro por ti;  
pero se han equivocado,  
que las tiras tú por mí.

(Álvarez, 1991: 230)

La piedra que me tiraste  
por encima de la torre  
me hirió en el corazón:  
mira la sangre que corre.

(De Llano, 1924: núm. 402)

Existe toda una tipología de canciones que se hacen y rehacen a sí mismas, de acuerdo con una estrategia de contrahechura que se ha de-

nominado *de rima frustrada*, y que desarrollan tópicos parecidos, siempre con un sentido y con unas intenciones marcadamente cómicos.<sup>4</sup> Un ejemplo bien representativo nos lo ofrece una canción argentina que, en la versión que podríamos considerar *cabal*, dice de este modo:

Cuando pasé por tu puerta  
me tirastes dos pedradas;  
no me vuelvas a tirar,  
que esas son chanzas pesadas.

(Carrizo, 1945: 837)<sup>5</sup>

Las siguientes son dos desenfadadas versiones contrahechas, también argentinas. La primera, cabalmente rimada; la segunda, con la *rima frustrada*:

Ayer pasé por tu casa,  
me tiraste con un confite;  
si no le hago la capiada,  
me pegas en el upite.

(Draghi, 1938: 304).

Cuando pasé por tu puerta,  
me tiraste un *güesazo*:  
no me vuelvas a tirar,  
que son chanzas pesadas.

(Carrizo, 1945: 837)

Otro ejemplo: una canción que en algunas de sus versiones —unas cuantas de tono bastante subido— con la rima regular dice así:

Como sé que te gustan  
las aceitunas,

<sup>4</sup> Sobre todas estas canciones y sus rasgos poéticos, véase Pedrosa, 1996.

<sup>5</sup> Para otras correspondencias formulísticas de la misma canción, véase Magis, 1969: núms. 1454-1458.

por debajo la puerta  
te meto algunas.

(Alcalá, 1984-1992: II, núm. 919)

Como sé que te gustan  
las aceitunas,  
por debajo 'la pata  
te meto una.

(Pedrosa, 1994: 114)

Como sé que te gustan  
las aceitunas,  
por debajo la pata  
te meto una.

(De los Santos, Delgado y Sanz, 1988: 159)

Como sé que te gustan  
las avellanas,  
por debajo la puerta  
te echo las vanas.

(Fernández, 1998: núm. 841)

Como sé que te gusta  
el arroz con leche,  
por debajo la puerta  
te echo un chorrete.

(Fernández, 1998: núm. 729)

Como sé que te gustan  
las avellanas,  
por debajo la puerta  
te meto vanas.

Como sé que te gustan  
los *alcahuetes*,

por debajo la puerta  
te meto siete.<sup>6</sup>

Como sé que te gusta  
el arroz con leche,  
por debajo la puerta  
te eché un casquete.<sup>7</sup>

Como sé que te gustan  
los garbanzos *rodaos*,  
por debajo la puerta  
te los echo a *puñaos*.<sup>8</sup>

Al lado de estas versiones, que muestran sentidos ciertamente dislocados, pero que mantienen una estructura de rima regular, podemos analizar otras en que es la rima la que resulta manipulada —*frustrada*— con efectos cómicos:

Como sé que te gusta  
el arroz con leche,  
por debajo de la puerta  
te eché una alpargata.<sup>9</sup>

Como sé que te gusta  
el arroz con leche,  
por debajo de la puerta  
te eché un petardo.<sup>10</sup>

---

<sup>6</sup> Versiones recogidas por Mar Jiménez en el pueblo de Terrinches (Ciudad Real) y amablemente cedidas en julio de 2005.

<sup>7</sup> Versión comunicada por Vicente Sánchez, nacido en Tobarra en 1955, y entrevistado en Madrid el 11 de marzo de 1992.

<sup>8</sup> Versión comunicada por Carlos Gutiérrez, de 22 años, nacido en Madrid y entrevistado el 14 de marzo de 1995.

<sup>9</sup> Versión recogida por mí a Canuto Pérez, nacido en Mocejón (Toledo) en 1949, entrevistado en Madrid el 18 de febrero de 1991.

<sup>10</sup> Versión recogida por mí a Carmen Vallejo, nacida en Madrid, donde fue entrevistada el 22 de octubre de 1990.

Como sé que te gusta  
 el arroz con leche,  
 por debajo de la puerta  
 te echo un ladrillo.

(Santos, Delgado y Sanz, 1988: III, 166)

Volvamos al repertorio serio para conocer un episodio del romance tradicional de *Toros y cañas* que presenta esta sugestiva escena de galanteo amoroso:

Un día que estaba paseando  
 en el balcón de su casa,  
 don Pedro que la veía,  
 don Pedro que la miraba,  
 don Pedro que la veía  
 y los ojos le llevaba,  
 cogiera tres arenillas  
 del casco de una avellana,  
 cogiera tres arenillas  
 y con una le tirara...  
 —Quien me tira bien me quiere,  
 si en los ojos no me daba.  
 Mucho me quiere don Pedro,  
 mi querer al suyo iguala.

(Cabal, 1984: 217)<sup>11</sup>

Tampoco han dejado de documentarse canciones que desarrollan imágenes de este tipo en lenguas y dialectos de otras regiones de la Península Ibérica: Asturias, Galicia, País Valenciano, Portugal:

En el mandil las ablanas  
 pa aquel mocín que [mi ichó]  
 en el mandil las ablanas,  
 paezme a mí que ese ha ser

---

<sup>11</sup> Veánse además las páginas 128-133 y 216-220 del mismo libro.

cuñáu de los miós hermanas,  
en el mandil las ablanas.<sup>12</sup>

Non me tires con pedriñas,  
qu'estou a lavar a louza;  
tírame con palabriñas  
con que miña nai non ouza.

(Blanco, 1992: II, núm. 3745)

¿Te'n recordes, xica roja,  
la taronja que em tirares?  
Puix com era de la Xina [o tan rebona]  
en mig lo cor em pegares.

(Salvà, 1988: 170)

Atirei com bolas d'oiro  
à janela do morgado;  
acertei-là morgadinha  
agora vou degradado.

(Leite de Vasconcellos, 1975-1983: I, 123)

Três pedrinhas atirei,  
à porta do meu amor,  
ao ver caí-las chorei,  
até hoje ainda não sei,  
qual delas tinha mais cor.

(*Poeta é o povo*, s.a.: 210)

En las canciones y en los cuentos que han sido analizados hasta ahora hemos podido apreciar una entrañable comunión de forma y fondo, de continente y contenido, de materia poética y referente cultural, de palabra y símbolo. Tantas naranjas, tantos limones, tantas manzanas, tantas piedrecitas delicadamente lanzadas e intercambiadas por pretendientes y amantes, no pueden ser un simple artificio retórico ni una extravagante

---

<sup>12</sup> Canción asturiana que me ha sido facilitada por Jesús Suárez López.

te arbitrariedad huecamente reiterados por escuelas poéticas abstraídas del mundo, sino un puente metatextual tendido hacia una realidad que se expresa, en el plano de la realidad y de la cotidianidad, en forma de costumbre, de ceremonia, de rito. Todas estas cancioncillas y cuentos idealizan, subliman, simbolizan, concentran en apretados símbolos y metáforas unas operaciones rituales que han practicado y practican muchas personas y muchos pueblos y que podrían ser descritas o formuladas de un modo muy simple y resumido: el lanzamiento de frutas, de flores, de piedrecitas, arrojadas por un amante o por un pretendiente a la persona deseada, era y es indicio, marca, expresión —también en los actos de la vida, en el nivel de las prácticas sociales— de declaración amorosa, de incitación erótica, de juego de amor.

Muchos textos “etnográficos”, descriptivos en el plano del rito social, y no de la abstracción poética, pueden arrojar luz muy esclarecedora sobre los contextos sociales y ceremoniales en que se generan y encuentran apoyo los versos, las prosas, las imágenes que estamos analizando.

Un ejemplo: el siguiente informe etnográfico, que vincula las naranjas con los ritos de noviazgo tradicionales hasta hace no mucho en algunos pueblos del centro de la Península Ibérica:

En Madridejos, Toledo, el día de san Sebastián, iban en la procesión primero sólo las mujeres y luego los hombres. Y los chicos que estaban en el lado de las calles, a veces dejaban caer una naranja. Si la chica la recogía, entonces se hacían novios.<sup>13</sup>

Otro ejemplo, ilustrador esta vez de la tradición catalana y de las prácticas sociales que se articulaban en torno al simbolismo erótico que en ella podían tener las manzanas:

Antiguamente el muchacho mordía una manzana, se comía la mitad y ofrecía el resto a la muchacha, y, si la admitía, era signo de asentimiento (Amades, 1980: III, 262).<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Jesús Martínez, de Consuegra (Toledo), entrevistado en Alcalá de Henares (Madrid) el 28 de febrero de 2001.

<sup>14</sup> Traducción mía.

Un ejemplo más: en la tradición en lengua catalana o valenciana de Alicante se han documentado también ritos y costumbres (a los que acompañaban interesantísimas cancioncillas) con alto valor aclaratorio del complejo poético-ritual que estamos analizando, centrados en esta ocasión en el lanzamiento de garbanzos o de pequeñas ramitas de árboles:

De otra parte, existen santos casamenteros a los que se encomendaban las mujeres para la obtención de novio. En la comarca está san Pascual y sant Antoni. Con este objeto las jóvenes de Castalla y Onil tiraban garbanzos a sant Francesc en su día.

Ha sido práctica extendida en las pandillas el tirarse unas ramitas al vestido. Si estas se pegaban en él, indicaban la obtención del (de la) novio (a) (Bernabeu, 1984: 222).

A mí en tiren pedraetes  
i pedraetes no en vullc.  
Si me las tira el nóvio  
que em vinguen pedres com el puny.

(Bernabeu, 1984: 280)

Teresseta, filla meua,  
no tires aigua al carrer  
no li banyes la montera  
a eixe pobre foraster.

(Bernabeu, 1984: 285)

El lanzamiento de piedrecitas es, quizás, la modalidad más común, mejor representada y más veces descrita —más que el lanzamiento de frutos y flores— dentro de toda esta constelación de ritos de galanteo amoroso. El siguiente informe refleja una costumbre que estuvo muy arraigada en los pueblos del Pirineo catalán:

También las piedras son mensajeras del amor. Cercano a la ermita del Falgar (Garrotxa), en la cumbre del monte, hay un viejo pino corpulento, con el tronco horadado. El día de la romería, los jóvenes se entretienen en echarle piedras. Tantas piedras han logrado hacer pasar por el agujero, tantos años tardarán en casarse.

En otras comarcas, cuando un mozo pasaba por delante de un grupo de mozas y entre ellas había alguna que le simpatizara más que las otras, pero no se atrevía a hablarle, le tiraba una piedrecita. La moza ya sabía que era requerida de amores. Esta costumbre dio origen al conocido refrán catalán:

Qui tire pedretes,  
tire amoretes.

El cancionero popular también se hace eco de este curioso sistema de declaración de amor (Violant, 1989: 281).<sup>15</sup>

Más detalles sobre las costumbres y las canciones catalanas que se asociaban al lanzamiento de piedrecitas como manifestación de cortejo amoroso:

En algunos países es costumbre manifestar el sentimiento amoroso mediante el lanzamiento de una piedra; si el que la recibe la recoge, indica que acepta la declaración. En otras tierras pirenaicas, Asturias, Euskadi y Aragón, ha estado muy extendida la costumbre de que el novio corteje a través de la ventana, y de que para advertir a su prometida de su llegada tire una piedra a la ventana. Nosotros no hemos encontrado tal costumbre en nuestro ámbito, pero creemos que existió, porque se encuentran rastros en la literatura popular. En todo el dominio de la lengua se conoce y usa el refrán que dice que *qui tira pedretes, tira amoretes*, refrán tan difundido, que la expresión *tirar pedretes* ha pasado a significar hacer el amor. Hay canciones que dicen:

A mi, em tiren pedretes;  
me les tiren de molt lluny.  
Si me les tirés el *novio*,  
vinguin pedres como el puny.

Una pedra a la finestra  
li vaig tirar l'altra nit;

---

<sup>15</sup> Otra versión del refrán ha sido publicada en Vinyets, 1990, 101: "Qui tira pedretes, tira amoretes".

tan ingrata va ésser ella,  
que no va voler sortir.

Al carrer més alt  
n'hi ha una finestreta.  
Passa un senyoret,  
hi tira una pedreta.  
El seu pare ho sent.  
—Què es això, Pepeta?  
—Pare, és el gatet,  
que busca la rateta,  
i si la pot haver  
faran la sardaneta.

El fill del rei passava  
sota pont d'or.  
Tira una pedra en l'aire;  
toca l'amor.  
—Si t'he fet mal, 'moreta...?  
—Ai, algun poc,  
algun poc i no gaire  
enmig del cor.

Ja ho ha tancat toto,  
portes i *ventanes*,  
sinó un finestró  
per a despertar-la'n.  
Li'n tiro pedretes  
per a despertar-la'n;  
ella me'n farà el sord  
com si en fos un lladre.

Hay una canción mallorquina que dice:

Es tirar fa enamorar  
segons ses pedres d'on vénen,  
que ses fadrines entenen  
es fadrins sense parlar.

En Paüls, el muchacho que no se atrevía a dirigirse a una muchacha le tiraba una piedrecita a los pies, especialmente cuando ella estaba entre otras amigas: aquello equivalía a una galantería y a un requerimiento amoroso. Lanzar una piedra a la persona estimada como declaración de amor es costumbre que se encuentra en muchos países. Antiguamente, sin embargo, parece que en lugar de una piedra se lanzaba una manzana. Entre los romanos existía una fórmula de juramento que consistía en lanzar una piedra al aire (Amades, 1980: III, 267).<sup>16</sup>

En algunos pueblos de la provincia de Huesca, el ritual solía desarrollarse cerca de la fuente de agua, escenario tan recurrente en los ritos de galanteo amoroso:

Él esperaba a la moza en la fuente y, antes de acercarse a dirigirla unas palabras, le tiraba una piedrecita a la falda del vestido: “El que tira piedrecitas, quiere palabritas” (Lisón, 1984: 132).

En la provincia de Guadalajara, un ritual parecido podía degenerar en bromas y abusos:

En Alcuneza, al lado de Sigüenza, los chicos tiraban piedras a las chicas cuando ellas volvían de la fuente con los cántaros.

A veces las tiraban con fuerza, y después se escondían.<sup>17</sup>

En ocasiones, el rito de arrojar piedras o piedrecitas ha adquirido formas y modalidades que, sin apartarse de las relacionadas con el amor, adquieren otros matices y orientaciones, relacionados sobre todo con la propiciación y la fecundidad. Así se ha documentado en pueblos de la provincia de Badajoz:

No lejos de esta villa [Herrera del Duque], en la Sierra, hay otro santuario en el que se adora a la Virgen de la Consolación. En la fachada de la ermita se ve otra imagen de la madre de Dios, a la que el pretendiente,

---

<sup>16</sup> Traducción mía.

<sup>17</sup> La informante fue Angelines, entrevistada en Alcalá de Henares (Madrid) el 28 de febrero de 2001.

varón o hembra, puede tirar una chinita. Si aciertan a darle en el ombligo (!) el novio o novia no se harán desear mucho tiempo. Si no le dan en sitio semejante, no habrá quien les diga “buenos ojos tienes” (Hurtado, 1989: 110).

También en Asturias han sido documentados rituales más o menos similares, en que el lanzamiento de piedras estaba impregnado de la misma idea: la de propiciar los goces y los frutos del amor:

Del semanario polémico *El Correo de Llanes*, núm. 3, correspondiente al 20 de enero de 1893, tomamos la siguiente crónica firmada por Suintilla: “La romería que se celebra el sábado 14 del corriente en la Pereda es original; no porque ofrezca más atractivos que las otras de la comarca, sino por una costumbre supersticiosa que data de inmemorial época. El calendario llama al santo en cuyo honor se celebra la fiesta San Hilario, pero el vulgo no le conoce con otro nombre que el de *Santilar*. La costumbre a que nos referimos data de los tiempos del romanticismo, según nos asegura una anciana aficionada a la historia... local. Dicen que todas las chicas que van a la romería de *Santilar* y arrojan una piedra al tejado de la capilla se casan irremisiblemente dentro del año, pero es indispensable que la piedra rompa una teja cuando menos. Y hasta tal punto estuvo arraigada esta costumbre entre las gentes, que muchos años (y esto lo he podido observar por mí mismo) no había en la capilla de San Hilario ni una sola teja sana” (Martínez, 1992: 55-58).

No sólo en la Península Ibérica han gozado de gran aceptación estos rituales. También en Francia ha tenido muy tradicional arraigo la costumbre de lanzar piedras como forma de cortejo amoroso y de ceremonial fecundatorio:

Se han registrado en muchos lugares del sur ejemplos de una costumbre en la que el lanzamiento de piedras se pone en relación con los asuntos del corazón. Un proverbio de Béarn hace alusión a ello: *Qui peyroutaye, amoureye*, “quien lanza piedrecitas, hace el amor”. El autor que lo ha consignado en su recolección añade que se aplica a las galanterías de que se hacen objeto los amantes, y lo relaciona con los versos de Virgilio: *Malo me Galathea petit*. En Provenza, esta acción no constituye un simple juego. En Beausset, en los alrededores de Toulon, los jóvenes se acercan,

el día de la fiesta o algún domingo de verano, adonde están las muchachas que les gustan, y demuestran su amor lanzándoles piedrecitas. Si la muchacha no está de humor favorable a los deseos del galán, cambia de lugar, y se va a colocar un poco más lejos. Si, por el contrario, desea dar alas a ese amor, recoge las piedrecitas que él le envía con gesto de agrado, acto cuyo significado es perfectamente explícito en el país. En la región de Menton, durante las procesiones de San Miguel, los jóvenes arrojan también pequeñas piedrecitas a las muchachas para hacerles declaración de su afecto.

Las piedras son utilizadas también en las ordalías amorosas. Las muchachas que desean casarse en el año lanzan una piedra dentro de un agujero del muro de abajo del portal de la capilla del Buen Reposo, en el camino de Saint-Brieuc a Plérin. Como en las pruebas hechas por medio de una aguja, es necesario que el objeto llegue a su destino.

Los jóvenes de Bréhat que quieren establecer relaciones van cerca de las rocas de Paon, en el extremo del acantilado: arrojan las piedrecitas por una abertura y, si caen directamente sobre el abismo sin tocar las paredes, es que se casarán en seguida. En caso contrario, tendrán que esperar tantos años como la piedra haya dado golpes. Una costumbre parecida se practica en Orcibal (Puy-de-Dôme), meta de una peregrinación célebre. Consiste en hacer rodar una piedra desde lo alto de una montaña. Tantos saltos como dé, tantos años quedan para el matrimonio (Sébillot, 2002: 256 y 258-259).<sup>18</sup>

Los ritos propiciatorios y fecundatorios que se han asociado tradicionalmente a las ceremonias de lanzamiento de frutos o de piedras conocen manifestaciones sumamente curiosas, como prueba la siguiente leyenda salmantina:

Había una señora un poco brujilla que se enfadó con otra y le tiró un puñado de trigo y le dijo: "Tantos hijos tengas como granos te han dado". Se cumplió en parte (Blanco, 1987: 51).

Muchos más textos literarios y muchos más informes etnográficos podríamos traer a colación con el objetivo de arrojar más luz sobre todas

---

<sup>18</sup> Traducción mía.

y cada una de las piezas que hemos visto que se engarzan dentro de esta sugerente constelación de canciones, de leyendas, de supersticiones, de ritos, de costumbres en que se dan la mano los —nada distantes ni contradictorios— cortejos amorosos y los rituales de propiciación y de fecundación amorosa y sexual. Antropólogos ha habido ya, como el francés Pierre Saintyves, que han señalado que los ritos de lanzamiento de frutos, de flores, de semillas, eran equiparables con

una fuente de fecundidad: la proyección de semillas ¿no engendra plantas parecidas a aquellas de las que nacieron? [...] En las ceremonias de matrimonio y de bautismo se encuentran a menudo ritos parecidos. Cuando los nuevos esposos llegan a la casa, en diversas provincias de Francia, se arrojan a la casada puñados de semillas o de frutos, al tiempo que se formulan votos de abundancia y de prosperidad [...]. Estas costumbres, que se documentan también en Prusia, formaban parte de la ceremonia religiosa del matrimonio ruso: uno de los sacerdotes arrojaba un puñado de lúpulo sobre la cabeza de la novia, mientras pedía a Dios que la hiciera fecunda (1929: 407-411).

No hace casi falta que recordemos aquí que, en España y en muchos otros países, arrojar arroz sobre los recién casados sigue teniéndose por un acto propiciador de fecundidad y felicidad. Mucho menos conocido es el ritual, practicado hace unas décadas en algunos lugares de la geografía española, aunque hoy en práctica extinción, de lanzar una porra, un bastón, un palo, al interior de la casa —en ocasiones por el agujero de la gatera, otras veces por encima de las paredes del patio— como ritual de declaración amorosa: si la porra era aceptada y conservada, significaba el establecimiento formal de relaciones; si salía disparada hacia el mismo sitio de donde vino, que las aspiraciones del pretendiente eran rechazadas (Pedrosa, 1993: 110-117). En toda la tradición panhispánica se han conservado canciones alusivas a este rito, como la que dice:

Metí leña en tu corral  
 por si tú más me querías;  
 he visto que no me quieres,  
 dame la leña, que es mía.

(Manzano, 1982: 195)

Las limitaciones de espacio aconsejan, en cualquier caso, que pongamos el colofón de este artículo haciendo una rápida revisión de algunos de los muy interesantes y llamativos reflejos que estas creencias y ceremonias han dejado, desde épocas muy antiguas hasta hoy mismo, en la gran literatura escrita de Occidente.

Conozcamos, en primer lugar, el modo en que diversos mitos griegos han sublimado la gramática esencial del rito para integrarla dentro de hermosísimos relatos. Tal se aprecia, por ejemplo, en el mito de Acontio y Cidipe, cuya síntesis argumental se ofrece a continuación:

Acontio la siguió hasta el templo de Ártemis. Allí se sentó la doncella, mientras se celebraba el sacrificio, y Acontio, cogiendo un membrillo, grabó en la corteza, con la punta de un cuchillo, esta frase: "Juro por el templo de Ártemis que me casaré con Acontio", y lanzó con habilidad el fruto en dirección de Cidipe. Recogiólo la nodriza y lo tendió a la muchacha, que inocentemente leyó la inscripción en voz alta. Al comprender el sentido de las palabras que estaba pronunciando, sonrojóse y tiró el fruto a lo lejos. Pero había ya expresado, aun a pesar suyo, una fórmula que la ataba a Acontio, y la diosa era testigo de su juramento (Grimal, 1997: s.v. *Acontio*).

También en la fábula mítica de la heroína Atalanta se aprecian rastros del inmemorial rito erótico de la declaración amorosa mediante el lanzamiento de manzanas:

Atalanta no quiso casarse, ya por fidelidad a Ártemis, ya porque un oráculo le había anunciado que, de hacerlo, se convertiría en animal. Por eso, con objeto de alejar a sus pretendientes, había anunciado que su esposo sería únicamente el hombre capaz de vencerla a la carrera, con la condición de que si era ella la vencedora, mataría a su contrincante. Atalanta era muy ligera y corría velozmente. Dícese que empezaba dando un poco de ventaja a su rival y lo perseguía, armada de una lanza, con la que le atravesaba al alcanzarlo. Numerosos jóvenes habían encontrado la muerte de este modo cuando surgió un nuevo pretendiente, llamado, ora Hipómenes, hijo de Megareo, ora Melanión (o Milanión), hijo de Anfidamante y, por tanto, primo hermano de Atalanta.

El recién llegado traía consigo las manzanas de oro que le había dado Afrodita. Estas manzanas procedían ya de un santuario de la diosa en

Chipre, ya del Jardín de las Hespérides. Durante la carrera, en el momento en que iba a ser alcanzado, el joven fue echando, uno por uno, los áureos frutos a los pies de Atalanta. Ella, curiosa —y quizá enamorada también de su pretendiente y feliz de engañarse a sí misma—, se detuvo el tiempo necesario para recogerlos, con lo que Melanión —o Hipómenes—, vencedor, obtuvo el premio convenido (Grimal, 1997: s.v. *Atalanta*).

El siguiente es un revelador episodio de *La paz* de Aristófanes:

TRIGEO (*al esclavo*): Y tú, alárgame la cebada y lávate las manos dándome el aguamanil. Y echa granos de cebada al público.

ESCLAVO (*echando cebada*): Ahí va.

TRIGEO: ¿Se la diste ya?

ESCLAVO: Sí, por Hermes, tanto que de los espectadores, de todos los que hay, ninguno deja de tener su cebada.

TRIGEO: Pero no la han recibido las mujeres.

ESCLAVO: A la noche se la darán los hombres (1997: 161).

Muy célebre y sugestiva es la escena de la *Carmen* de Prosper Mérimée en que la desenvuelta protagonista arrojaba una flor —y requería, al mismo tiempo, de amores— al pasmado soldado don José:

Y cogiendo la flor de casia que tenía en la boca, me la lanzó, con un movimiento del pulgar, exactamente entre los dos ojos. Caballero, me hizo el efecto de una bola que me alcanzaba... No sabía dónde meterme, me quedé inmóvil como un pasmarote. Cuando hubo entrado en la fábrica, vi que la flor de casia se había caído al suelo entre mis pies; no sé lo que me pasó, pero la cogí sin que mis camaradas se dieran cuenta y la guardé cuidadosamente en la guerrera. ¡Primera tontería! (Mérimée, 1997: 135-136).

En el libreto que confeccionaron Ludovic Halévy y Henri Meilhac para la celeberrima ópera a la que puso música el gran Georges Bizet, la misma escena era resuelta de este modo:

Coge de su corpiño la flor de casia y se la lanza a don José. Este se levanta bruscamente. La flor de casia ha caído a sus pies. Carcajada general; la campana de la fábrica suena por segunda vez.

[.....]

JOSÉ: (*Mira la flor de casia que está caída a sus pies. La recoge.*) Con qué habilidad me ha lanzado esta flor... aquí, exactamente entre los ojos... me ha hecho el efecto de una bala que me alcanzaba (*huele la flor*). ¡Qué olor penetrante! (1997: 205).

El siguiente es un revelador pasaje de la *Tristana* de Benito Pérez Galdós:

Estaba de Dios, no obstante, que por aquella vez no le saliera bien la cuenta, pues a las primeras chinitas que a la inconsolable tiró, hubo de observar que no contestaba con buen acuerdo a nada de lo que se le decía (2000: 49).

También Virginia Woolf, en su inmortal *Orlando* —que aquí reproduzco en la versión de Jorge Luis Borges—, incluye una escena cuya interpretación resulta ahora obvia:

Él se paseaba por Whitehall con Nell Gwyn del brazo. Ella le tiraba avellanas. Qué desgracia, suspiró la amorosa dama, que semejantes piernas dejen el país (2002: 89).

James Joyce, en su portentoso relato *Los muertos*, introduce una escena inolvidable, aquella en que Gretta confiesa cómo un muchacho enfermo y romántico, Michael Fury, se enamoró de ella y la cortejó —mediante la consabida estrategia de arrojar chinas contra su ventana— una noche lluviosa. Lo que, al cabo de una semana, se reveló fatal para el infeliz:

La noche de la víspera de mi partida yo estaba en la casa de mi abuela en Nun's Island, preparando mi equipaje, cuando oí que echaban unas

chinitas contra la ventana. La ventana estaba tan húmeda que no pude ver, así que bajé las escaleras y, sin hacer ruido, abrí la puerta del jardín, y allí estaba el pobre muchacho, al final del jardín, tiritando de frío (1998: 344).

Un antro prostibulario es el lugar en que se desarrolla esta significativa escena de *El lugar sin límites*, la gran novela del escritor chileno José Donoso:

La Manuela giró en el centro de la pista, levantando una polvareda con su cola colorada. En el momento mismo en que la música se detuvo, arrancó la flor que llevaba detrás de la oreja y se la lanzó a don Alejo, que levantándose la alcanzó a atrapar en el aire (2002: 167).

Conozcamos, para terminar, un episodio del relato “Judas en Flor” —ambientado en México— de la gran escritora norteamericana Katherine Anne Porter (1890-1980), que vuelve a insistir en el simbolismo erótico del ritual de lanzarle flores a alguien:

Un jovencito moreno de pelo revuelto llegó a su patio una noche y cantó como un alma en pena durante dos horas, pero a Laura no se le ocurría cómo quitárselo de encima. La luna tendía su manto de gasa plateada sobre los claros del jardín, y las sombras eran azul cobalto. Los capullos escarlata del árbol de Judas eran púrpura profundo, y los nombres de los colores se repetían automáticamente en su mente mientras contemplaba, no al muchacho, sino su sombra, caída como un ropaje oscuro sobre el borde de la fuente, arrastrándose en el agua. Lupe se le acercó silenciosamente y susurró un consejo experto en su oído: “Si le arroja una pequeña flor, cantará una o dos canciones más y se irá”. Laura arrojó la flor, y él cantó una última canción y se marchó con la flor metida en la cinta del sombrero (1990: 168).

## Bibliografía citada

ALBERTI, Rafael, 1972. *Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí*, ed. R. Marrast. Madrid: Castalia.

- ALCALÁ ORTIZ, Enrique, 1984-1992. *Cancionero popular de Priego: poesía cordobesa de cante y baile*. 5 vols. Priego: Enrique Alcalá Ortiz.
- ALONSO CORTÉS, Narciso, 1914. "Cantares populares de Castilla". *Revue Hispanique* XXXII: 87-427.
- ÁLVAREZ CUIEL, Francisco, 1991. *Cancionero popular andaluz*. Málaga: Argual.
- AMADES, Joan, 1980. *Folklore de Catalunya. Costums i creences*. Barcelona: Selecta.
- ARISTÉNETO, 1998. *Cartas eróticas*, ed. R. J. Gallé Cejudo. Madrid: Ediciones Clásicas.
- ARISTÓFANES, 1997. *Las avispas. La paz. Las aves. Lisístrata*, ed. F. Rodríguez Adrados. Madrid: Cátedra.
- BERNABEU RICO, José Luis, 1984. *Los límites simbólicos: hombres de la Foia de Castalla y el Vall de Xixona*. Alicante: Diputación Provincial.
- BERRUETA, Mariano D., 1941. *Del cancionero leonés*. León: Proa.
- BLANCO, Domingo, 1992. *A poesía popular en Galicia: 1745-1885*. 2 vols. Vigo: Xerais.
- BLANCO, J. F., coord., 1987. *Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca*. Salamanca: Diputación de Salamanca.
- CABAL, Constantino, 1984. *Contribución al Diccionario folklórico de Asturias (apodo-arriero)*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- CARRIZO, Juan Alfonso, 1945. *Antecedentes hispanomedievales de la poesía tradicional argentina*. Buenos Aires: Estudios Hispánicos.
- CORREAS, Gonzalo, 1967. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. Louis Combet. Burdeos: Université de Bordeaux.
- DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio, 1924. *Esfoyaza de cantares asturianos*. Oviedo: Marcelo Morchón.
- DONOSO, José, 2002. *El lugar sin límites*, ed. S. Millares. Madrid: Cátedra.
- DRAGHI LUCERO, Juan, 1938. *Cancionero popular cuyano*. Mendoza: Best Hermanos.
- FERNÁNDEZ CANO, José Manuel, 1998. *Mil cantares populares*. Ciudad Real: Diputación de Ciudad Real.
- FLORES DEL MANZANO, Fernando, 1996. *Cancionero del valle del Jerte*. Ca-bezuela del Valle: Cultural Valxeritense.
- FRENK, Margit, 2003. *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica. (Siglos XV a XVII)*. 2 vols. México: UNAM / El Colegio de México / FCE.

- FUENTES VÁZQUEZ, Tadea y Ma. Luz ESCRIBANO PUEO, 2003. *Canciones de rueda. Danzas*. Granada: Universidad de Granada.
- GIL, Bonifacio, 1982. *Cancionero del campo*. Madrid: Taurus.
- GRIMAL, Pierre, 1997. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona: Paidós.
- HALÉVY Ludovic y Henri MEILHAC, 1997. "Libreto de la ópera *Carmen*, con música de Georges Bizet". En *Merimée*, 1997: 191-269.
- HURTADO, Publio, 1989. *Supersticiones extremeñas: anotaciones psico-fisiológicas*. Huelva: A. Artero Hurtado.
- JOYCE, James, 1998. "Los muertos". En *Dublinese*, ed. F. Galván. Madrid: Cátedra, 291-347.
- LEITE DE VASCONCELLOS, Jose, 1975-1983. *Cancioneiro popular português*, ed. M. A. Zaluar Nunes. 3 vols. Coimbra: Universidade de Coimbra.
- LISÓN HUGUET, José, 1984. *Algunos aspectos del estudio etnográfico de una comunidad rural del Pirineo aragonés oriental*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- LORENZO PERERA, Manuel J., 1981. *El folklore de la isla de El Hierro*. El Hierro: Interinsular Canaria / Cabildo Insular.
- MAGIS, Carlos H., 1969. *La lírica popular contemporánea: España, México, Argentina*. México: El Colegio de México.
- MANZANO, Miguel, 1982. *Cancionero de folklore zamorano*. Madrid: Alpuerto.
- MARTÍNEZ, Elvira, 1992. *Costumbres asturianas*. León: Everest.
- MERIMÉE, Prosper, 1997. *Carmen*, ed. L. López Jiménez y L. E. López Esteve. Madrid: Cátedra.
- NC: véase Frenk, 2003.
- PEDROSA, José Manuel, 1993. "La leña de Calderón: un estudio de antropología literaria". *Romanische Forschungen* 105: 110-117.
- \_\_\_\_\_, 1994. "Canciones y romances de Navaconcejo del Valle (Cáceres): repertorio profano". *Revista de Folklore* 160: 111-121.
- \_\_\_\_\_, 1996. "Canciones disparatadas y rimas frustradas: notas sobre un recurso poético del cancionero popular (siglos XVII al XX)". *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* LXXII: 39-67.
- PELLICER, José Alberto, 1997. *Bajo Aragón: fiestas y tradiciones*. Alcañiz: Certeza.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, 2000. *Tristana*. Madrid: Alianza.

- Poeta é o povo: Colectânea de poetas populares do Alentejo e Algarve*, s.a. Vila Real de Santo António: Associação dos Poetas Populares do Alentejo e Algarve.
- PORTER, Katherine Anne, 1990. "Judas en Flor". En *Judas en Flor*, ed. H. Vázquez Rial. Destino: Barcelona, 157-177.
- QUEVEDO, Francisco de, 1984. *El Buscón*, ed. D. Ynduráin. Madrid: Cátedra.
- RUIZ DE ELVIRA, Antonio, 1972. "La concha de Venus y la manzana de la discordia". *Jano: Medicina y Humanidades* 48, 13 de octubre: 65-68.
- SAINTYVES, Pierre, 1929. "Le valeur du jet magique comme rite de fécondité". *Revue Anthropologique* XXXIX: 407-411.
- SALINAS DE MARICHAL, Solita, 1968. *El mundo poético de Rafael Alberti*. Madrid: Gredos.
- SALVÀ I BALLESTER, Adolf, 1988. *De la marina i muntanya. (Folklore)*, ed. R. Alemany. Alicante: Diputació Provincial-Ajuntament de Callosa d'En Sarriá.
- SÁNCHEZ LIZARRALDE, Ramón, 2004. *El agradecimiento del muerto: cuentos populares albaneses*. Irún: Alberdania.
- SANTOS, Claudia de los, Luis Domingo DELGADO e Ignacio SANZ, 1988. *Folklore segoviano III. La jota*. Segovia: Caja de Ahorros y Monte de Piedad.
- SANZ, Juan José, 1952. "Cancionero de ronda". *Hoja Folklórica* 50. Salamanca: 26.
- SATUÉ OLIVÁN, Enrique, 1991. *Religiosidad popular y romerías en el Pirineo*. Huesca: Diputación de Huesca.
- SÉBILLOT, Paul, 2002. *Croyances, mythes et légendes des pays de France*, ed. F. Lacassin. París: Omnibus.
- THOMPSON, Stith, 1955-1958. *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*. 6 vols. Bloomington & Indianapolis / Copenhagen: Indiana University / Rosenkilde & Bagger.
- TOPPER, Uwe, 1993. *Cuentos populares de los bereberes*. Madrid: Miraguano.
- TORRALBA, José, 1982. *Cancionero popular de la provincia de Cuenca*. Cuenca: Diputación Provincial.

- URBANO, Manuel, 1999. *Sal gorda: cantares picantes del folklore español*. Madrid: Hiperión.
- VÉLEZ DE GUEVARA, Luis, 1990. *El diablo está en Cantillana*, ed. E. J. Rodríguez Baltanás. Alcalá de Guadaíra: Guadalmena.
- VINYETS JIMÉNEZ, Jordi, 1990. *Folklore de Sentmenat*. Sentmenat: Grup d'Amics del Museu Arxiu de Sentmenat.
- VIOLANT I SIMORRA, Ramón, 1989. *El Pirineo español: vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*. Barcelona: Alta Fulla.
- WOOLF, Virginia, 2002. *Orlando*. Trad. J. L. Borges. Barcelona: Edhasa.

\*

PEDROSA, José Manuel. "Arrojar frutos, piedras, amores: entre la canción y el rito". *Revista de Literaturas Populares* VI-1 (2006): 96-127.

**Resumen.** Con múltiples ejemplos, que parecían esperar a ser reunidos, el autor da una generosa muestra de lo que él llama "puente metatextual" entre materia poética y referente cultural que constituye el hecho de lanzar objetos, frutos, pequeñas piedras o flores, a la persona elegida como pareja. Esta especie de ceremonia o ritual se repite en cantarillos populares, relatos, y otros géneros, que vienen de tiempos inmemoriales hasta nuestros días y que constituye un motivo inequívoco en gran parte de la cultura hispanoamericana.

**Abstract.** *The author of this paper offers a series of examples to illustrate what he calls a "metatextual bridge" between the poetic subject and the cultural reference of throwing objects, fruits, small stones or flowers to the person chosen as a partner. This kind of ceremony or ritual is a frequent motif in Spanish-American culture, found in popular songs, short stories and other genres both modern and ancient.*